

Capítulo X.

Una felicidad inesperada.

El bueno de Matías se levantó muy temprano con ánimo resuelto de regresar á la Rábida, y ya se despedía de maese Repulgo, cuando una vieja que pasó por delante de la puerta, encarándose con el aldeano:

—¿Es ucé Matías Sampayo?

—Sí. ¿Qué se ofrece?

—Querria hablar con ucé dos palabras.

—Aunque sean ciento.

Maese Repulgo, que era un hombre muy comedido, se retiró, dejando á Matías en poder de la vieja.

—Ucé no me conoce, ¿no es verdad?—dijo la quintañona.

—No por cierto.

—No hace al caso. Lo único que quiero averiguar, para saber si no me han engañado, es si ucé tiene una hija llamada Inés.

Al oír esta pregunta se sorprendió Matías, y con el mayor interés:

—¿Sabeis donde se encuentra?—le preguntó.

—¿Qué vivo sois, señor Matías! Os he hecho una pregunta y respondeis con otra. Eso no es regular. Contestadme primero, y yo os contestaré despues.

—Pues bien: sí,—dijo el aldeano;—tengo una hija, y una hija que se llama Inés, que desapareció hace tiempo de mi casa y no sé dónde está. Si lo sabeis, dicídmelo por Dios, y pedidme en cambio cuanto querais. Soy pobre, pero ¿qué no hará un padre por recuperar á su hija?

—Pues bien; yo, que gracias á mi ciencia, porque es mucha... y aquí donde me veis, he descubierto, por medio de mis artes lo que os sucedió y el paradero de vuestra hija; al comprender vuestra afliccion, he venido á buscaros, sin otro objeto que el de poneros en camino de hallar á esa muchacha, que aunque se cree hoy muy feliz, es, sin embargo, más desgraciada que cuando estaba al lado vuestro.

—¿Es decir, que vos sabeis?...

—Oid, y lo sabreis todo.

—Vuestra hija, creyendo una patraña que le dijeron unos gitanos, despues de ver que habian salido las cosas tal como se las habian anunciado, se escapó una mañana del pueblo, y no muy lejos encontró á los gitanos que la habian asegurado un porvenir de los más halagüeños.

—«Muchacha,—le dijeron,—por lo visto te has convencido de que no te hemos engañado.

—» Venia á buscaros, —contestó Inés.

—» ¿Segun eso quieres realizar tu destino?

—» Quiero que se cumpla lo que me habeis prometido.

—» Pues nada más fácil, hija mia; pero es necesario que tengas valor para abandonar la casa sin despedirte de tus padres.

—» Eso es cruel, —contestó la rapazuela.

—» Y sin embargo, —añadió, —sólo á ese precio podrás venir con nosotros adonde está la córte, y ser, como te hemos anunciado, la esposa de un gran señor que te colme de placeres y riquezas.

—» ¿Pero todo eso será verdad?

—» Eres muy descreida; ven con nosotros y te convencerás.

—» Y á mi padre y á mi madre, ¿cómo los abandono?

—» Pero, tontuela, ¿no conoces que te perdonarán cuando puedas dentro de poco llamarlos á tu lado y darles parte de tus riquezas?

—» Eso sí, teneis razon.

—» Pues nada, nada; déjate de tonterías, y vente con nosotros.»

—Inés luchó; pero al fin siguió á los gitanos.

Se la llevaron á Castilla con el infame objeto, ¡Dios me perdone! de vendérsela á algun noble para que fuese su manceba.

—¡Qué horror! —dijo Matías, enfureciéndose al oír aquel relato.

—Pero tranquilizáos, —continuó la vieja.



CRISTÓBAL COLON. — Por el príncipe de la Cruz sobre la mesa.



CRISTÓBAL COLON. — ¡Por el triunfo de la Cruz sobre la Media Luna!

Esta tenia todas las trazas de una bruja.

En Medina del Campo, don le á la sazón estaban los reyes, un galantuelo vió á vuestra hija y se enamoró de ella. Pero no creais que fué su amor un pasatiempo, nada de eso; al contrario, se convirtió en una verdadera pasión.

Este jóven era el paje de un gran señor.

Conociendo sin duda las intenciones de la gitana, consiguió, por medio de dádivas y ofertas, engañarla, diciéndola que su amo y señor se habia prendado de ella, y que estaba autorizado por él para tratar con la muchacha, así como, si lograba convencerla, ella obtendria doscientas doblas.

El paje obtuvo sin dificultad permiso para ver á vuestra hija, la que en aquella sazón se hallaba enferma y acostada en un mugriento y pobre colchon. Hablóla el paje, y con tal fuego pintóla su pasión, y ella le confesó la escapatoria que habia hecho de vuestra casa, y la promesa que la gitana le habia hecho de hacerla una gran señora.

Entonces el paje la dijo que las promesas de la gitana eran una quimera, y lo que queria era venderla á un gran señor. Al oír esto vuestra hija, cayó sobre el colchon anonadada, y extendiendo la mano hácia el paje, le dijo:

—Sálvame, sálvame á toda costa de esa infame gitana.

El paje, sintiendo ruido, se asomó á la ventana, y viendo á la gitana la dijo:

—Creo que es negocio arreglado, pero aún no he podido convencerla del todo. Mañana volveré.

Al decir esto, arrojó una dobla á la gitana, que se apresuró á recogerla.

Volvióse despues hácia la jóven:

—Tened confianza en mí; mañana volveré,—la dijo.

Al dia siguiente el paje volvió, y en nombre de su señor ajustó con la gitana las condiciones con que ésta le cederia la jóven; pero como el dia anterior no habia podido convencerla aún, necesitaba hablar á solas con Inés.

La gitana, recordando la dobla que el dia anterior le habia dado, no tuvo inconveniente en acceder á los deseos del paje, y ella misma le abrió la puerta de la habitacion de Inés.

El paje permaneció hablando con ella como una hora; despues salió diciendo á la gitana:

—Hasta mañana.

¿Qué hablarian los dos?

Nadie lo sabe.

Lo cierto es que al cabo de dos ó tres entrevistas que tuvieron desapareció un dia Inés: y cuantos esfuerzos hicieron los gitanos para encontrarla fueron inútiles.

No dudaron al pronto que se hallaba en poder de algun gran señor, y jurando vengarse de la pérdida chica, que de aquella manera les habia engañado, siguieron la corte á todas partes, creyendo que tarde ó temprano la hallarian.

—¿Y la hallaron?

—Sí tal; la encontraron en Córdoba.

—¿Aqui?

—Precisamente, y lo que es más, en compañía del paje.

—¡Eso es horrible!—dijo Matías.—Yo necesito que me digais dónde se halla, quiero verla. Yo la arrancaré de sus brazos.

—No podreis; el pajecillo es hombre que lo entiende, y entre él y ella han engañado á una señora, que los tiene actualmente á su servicio, ignorando sin duda lo que pasa, porque si lo supiera, es muy buena cristiana y les hubiera arrojado de su casa, dándoles además un ejemplar castigo.

—¿Acabarás de decirme dónde está?—exclamó Matías con impaciencia.

—Calma, señor Sampayo, calma.

—¿Ignoras que soy padre?

—Me tratais de mala manera, á mí, que he venido á haceros un favor...

—Perdonad, perdonad mi impaciencia, y decidme dónde se halla.

—No muy lejos de aquí.

—¿Me habeis indicado que está al servicio de una gran señora?

—Teneis buena memoria.

—Decidme su nombre.

—Su nombre y la casa donde habita. Venid, venid.

Y señalando á una casa contigua:

—¿Veis esa casa que tiene encima de la puerta un escudo de piedra?

—Sí.

—Pues bien; en esa casa vive una dama, á quien la reina, nuestra señora, estima mucho, y á quien por sus virtudes y su belleza respetan en la córte hasta los nobles más libertinos.

—El nombre de esa dama.

—Doña Beatriz Enriquez de Córdoba.

—Y acaso mi hija...

—Inés vive con ella, es su camarista predilecta.

—¡Ah! Gracias, gracias,—dijo Sampayo.—Pero vos, ¿cómo habeis sabido?...

—Eso no hace el caso. Si quereis averiguar algo más que yo sé, venid, á verme de cuando en cuando, preguntad por la madre Martina en la judería y os llevarán hasta mi casa.

Antes de separarnos, oid un consejo: procurad que salga vuestra hija de esa casa donde está; aunque tengais que valeros para ello de algun subterfugio, y en cuanto esté en vuestro poder llevadla á mi casa, que yo consultaré las rayas de sus manos y los astros, podré deciros cuál es su porvenir, y si debéis dejarla seguir su suerte ó llevarla á viva fuerza á vuestro lado. Por de pronto, no perdais tiempo.

La vieja desapareció, y Matías se encaminó á la casa que le habia indicado.

Aun estaba cerrada la puerta.

Era muy temprano.

Se resignó á esperar.

—Volvióse á la posada, y aguardó con el alma traspasada de dolor á que pasase el tiempo para volver á ver á su hija.

Lo que sufrió en aquellos momentos el infeliz padre, es indecible.

Se figuraba á su hija seducida, engañada; y al mismo tiempo combatian en su alma la severidad del juez y el cariño del padre.

En esto le sorprendió Colon, y el exceso de su pesadumbre hizo al pobre aldeano buscar consuelo en sus brazos.

Poco despues le refirió cuanto la vieja le habia dicho.

—Antes de dar ese paso, antes de llamar á las puertas de esa casa, debeis informaros,—le dijo Colon.

Y llamando á maese Repulgo, los dos le interrogaron acerca de las personas que formaban la servidumbre de doña Beatriz.

Despues de oírle, no tuvo duda Matías.

Su hija Inés era la camarista predilecta de aquella ilustre dama.

Pero al mismo tiempo maese Repulgo le aseguró que Inés era tan bella como virtuosa, y que lo único que habia oído decir era que su ama le profesaba gran cariño, y que protegiendo sus amores con su paje Beltran, aspiraba á enlazarla con él y á contribuir á su felicidad.